



Jornada de la Vida Consagrada 2013. Año de la Fe

La vida consagrada signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo

La Jornada de la vida consagrada responde a la exigencia de alabar y dar gracias al Señor por el don de este estado de vida, que pertenece a la santidad de la Iglesia. Además, ofrece la ocasión para valorar el testimonio de quienes han elegido seguir a Cristo mediante la práctica de los consejos evangélicos, y para promover el conocimiento y la estima de la vida consagrada en el seno del pueblo de Dios. Y es una invitación a los hermanos y hermanas que habéis abrazado esta condición de vida en la Iglesia a renovar vuestros propósitos y reavivar los sentimientos que han inspirado e inspiran la entrega de vuestra existencia al Señor.

La fiesta de la Presentación del Señor en el Templo nos recuerda que María y José llevan al niño Jesús al templo de Jerusalén, cuarenta días después de su nacimiento, para presentarlo y consagrarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: “Todo primogénito varón será consagrado al Señor”, como señal de que él sacó a Israel de Egipto. Y ofrecen el sacrificio de los pobres: un par de palomas en lugar de un cordero (cf. Lv 5, 7; 12, 8), demasiado caro para ellos.

María y José cumplen también las normas de purificación de la madre después del parto establecidas por la Ley (cf Lv 12, 1-8). En efecto, el Evangelio de Lucas inicia el relato de la escena diciendo: “Cuando se cumplió el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén”. Pero el texto de Lucas deja simplemente aludido y no resalta el aspecto de la purificación, sino la observancia de la Ley en todos sus aspectos, y concluye diciendo: “cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret”. La presencia de Jesús en el templo es cumplimiento de lo anunciado por el profeta Malaquías: “... vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, el mensajero de la alianza a quien tanto deseáis; he aquí que ya viene...” (Mal 3, 1); no tiene necesidad de ser rescatado mediante el pago de una suma de dinero, pues él mismo es el rescate, “la redención de Jerusalén”: “Refinará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata, para que presenten al Señor ofrendas legítimas. Entonces agradarán al Señor las ofrendas de Judá y de Jerusalén, como en los tiempos pasados, como en los años remotos.” (Mal 3, 3-4) Jesús no es santificado, como exigía la Ley para todos los primogénitos (cf. Ex 13, 2.12), sino que es reconocido Santo, como había sido ya proclamado por el ángel en el anuncio a María (cf. Lc 1, 35). Esta primera presencia de Jesús en el templo es como una presentación anticipada del hijo en la casa de su Padre (cf Lc 2, 49), y una todavía



Carlos López Hernández

oculta purificación del templo. El Hijo, que es resplandor de la gloria de Dios e imagen perfecta de su ser, viene a realizar la purificación de los pecados (cf Heb 1, 3), “está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten”.

Simeón, “hombre justo y temeroso de Dios”, al ver a Jesús, comprende bajo la guía del Espíritu Santo que su espera se ha cumplido. Ahora puede reunirse ya con sus padres y morir en paz, porque sus ojos han contemplado en aquel niño la salvación de Dios, aquel que es “luz para alumbrar a las naciones” y gloria del pueblo de Israel. Además, Simeón revela a María que aquel niño será durante toda su vida una señal de contradicción y revelará los pensamientos más íntimos de muchos corazones. E indica anticipadamente la participación de María en el misterio pascual de Jesús: “Y a ti, una espada te atravesará el alma”.

La presentación de Jesús en el templo alude ya a su futuro sacrificio para la salvación del mundo, según el proyecto del Padre. E insinúa ya la relación entre Jesús como ofrenda y Jesús como luz. Jesús es reconocido como luz del mundo porque es consagrado a Dios como ofrenda de sí mismo para expiar los pecados del pueblo. Jesús es luz porque ha mostrado a los suyos el camino del amor hasta el extremo. La ofrenda de su vida es un misterio de amor y, por ello, es un misterio luminoso. Su misterio pascual es luz que debe ser puesta siempre en el candelero para iluminar a todo el mundo. Frente a Jesús es necesario tomar posición, o mejor, decidir si se acepta o se rechaza que sea él quien debe juzgar con su luz nuestra vida, quien ha de iluminar nuestras tinieblas.

La presentación de Jesús en el templo es también fiesta del encuentro con el resto de Israel que anhela la llegada del Mesías. Simeón era un santo anciano en quien moraba el Espíritu Santo, “que aguardaba el consuelo de Israel” y había recibido la promesa de “que no vería la muerte antes de ver al Mesías de Dios”. Simeón ve colmada su esperanza en el encuentro con el niño que puede tomar en sus brazos. Ya puede dejar este mundo en paz: Sus ojos han visto al Salvador que Dios envía a todos los pueblos como luz.

En el templo está también Ana, una anciana profetisa, viuda, que vive allí desde hace muchos años, sirviendo a Dios día y noche con ayunos y oraciones. Esta mujer creyente, que se ha preparado durante largo tiempo con todas sus fuerzas para el encuentro decisivo con la salvación de Dios, intuye, gracias a la inteligencia que proporciona la fe, que ha llegado finalmente la hora del cumplimiento esperado. Así, al final de su vida, Ana alaba al Dios fiel que mantiene sus promesas, y proclama al niño como Redentor y Salvador.

La celebración de esta fiesta nos lleva a comprender que para encontrar verdaderamente al Señor Jesús y reconocerle como Salvador de todos los hombres son necesarias la pobreza de espíritu, la esperanza confiada, la oración perseverante y la consagración de la propia vida al servicio de Dios por amor, que estos dos ancianos testimonian, como



Carlos López Hernández

fruto del Espíritu Santo que moraba en ellos. Se requiere libertad interior para ofrecer por amor nuestros cuerpos, es decir, toda la existencia, en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (cf Rom 12, 1).

El vivo e intenso deseo de encontrar a Jesús, para alcanzar en la comunión de vida y amor con él el ideal de la perfecta vida cristiana, ha sido asumido por los miembros de los institutos de vida consagrada de modo público ante la Iglesia mediante los votos de obediencia, castidad y pobreza. Este es el camino por el que Dios ha llamado a los consagrados a participar de la plenitud de vida de su Hijo en la santidad, en el amor entregado, la libertad del espíritu, la alegría de la fe, y la paz que procura la esperanza puesta solo en el Señor.

La consagración de toda nuestra existencia al Señor, sin reserva alguna, nos hace gozar de la delicia de los consuelos de Dios, aun cuando se multipliquen nuestras preocupaciones. La consagración de nuestra existencia ha de perfeccionarse con la gracia del renovado encuentro con él en variadas formas: en la intimidad del estar a solas tratando de amor con quien sabemos que nos ama; en la meditación de su Palabra y la contemplación de su morada y acción en nosotros; en la celebración de los sacramentos de la reconciliación y la eucaristía y en la adoración de su misteriosa presencia sacramental; en la entrega de nuestra vida al servicio de los hermanos por amor; en el testimonio de la presencia de su Reino en medio de nosotros; y en la esperanza y anhelo de la comunión total y definitiva con él en la vida eterna. Estas formas de encuentro con Cristo nos convierten en ofrenda de amor para la vida del mundo y en “hijos de la luz” (Ef 5, 8-9), llamados a ser de forma eminente “la luz del mundo” (Mt 5,14) y modelos perfección cristiana.

Los miembros de los institutos de vida consagrada estáis especialmente llamados a vivir el Año de la fe como tiempo favorable para la renovación interior, profundizando cada vez más en vuestra relación con Dios y en la vida según los consejos evangélicos, que fortalecen la fe, la esperanza y la caridad y conducen a una mayor unión de amor con Dios. Esta profunda cercanía al Señor, que debe ser el rasgo prioritario y más característico de vuestra existencia, os llevará a una renovada adhesión a él y tendrá un influjo positivo en vuestra particular presencia y forma de apostolado en el seno del pueblo de Dios, en fidelidad a vuestros carismas y en comunión con vuestros pastores, a fin de ser testigos de la fe y de la gracia, testigos creíbles para la Iglesia y para el mundo de hoy. Esta vivencia intensa del Año de la fe os hace más aptos para asumir con renovado ardor la decisiva tarea que os corresponde en la misión evangelizadora de la Iglesia.

El lema de esta Jornada expresa que *“La vida consagrada es signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo”*.

Los llamados a una vida de consagración hacen del misterio pascual la razón de su ser y de su quehacer en la Iglesia y para el mundo. Nacidos de la Pascua por el



Espíritu de Cristo resucitado, pueden entregarse sin reservas al anuncio del Evangelio y al servicio de la caridad. Son en esta sociedad signo vivo de la ternura de Dios
De la mano de Benedicto XVI os propongo tres reflexiones sobre el significado de vuestra vida consagrada en la Iglesia, a la luz del misterio de la Presentación de Jesús en el Templo.

Primera: el icono evangélico de la Presentación de Jesús en el templo contiene el símbolo fundamental de la luz; la luz que, partiendo de Cristo, se irradia sobre María y José, sobre Simeón y Ana y, a través de ellos, sobre todos. Los Padres de la Iglesia relacionaron esta irradiación con el camino espiritual. La vida consagrada expresa ese camino, de modo especial, como «filocalia», amor por la belleza divina, reflejo de la bondad de Dios (cf. *ib.*, 19). En el rostro de Cristo resplandece la luz de esa belleza. «La Iglesia contempla el rostro transfigurado de Cristo, para confirmarse en la fe y no correr el riesgo del extravío ante su rostro desfigurado en la cruz... Ella es la Esposa ante el Esposo, partícipe de su misterio y envuelta por su luz. Esta luz llega a todos sus hijos... Una experiencia singular de la luz que emana del Verbo encarnado es, ciertamente, la que tienen los llamados a la vida consagrada. En efecto, la profesión de los consejos evangélicos los presenta como signo y profecía para la comunidad de los hermanos y para el mundo» (*ib.*, 15).

Segunda: el icono evangélico manifiesta la profecía, don del Espíritu Santo. Simeón y Ana, contemplan al Niño Jesús, vislumbran su destino de muerte y de resurrección para la salvación de todas las naciones y anuncian este misterio como salvación universal. La vida consagrada está llamada a ese testimonio profético, vinculado a su actitud tanto contemplativa como activa. En efecto, a las personas consagradas se les ha concedido manifestar la primacía de Dios, la pasión por el Evangelio practicado como forma de vida y anunciado a los pobres y a los últimos de la tierra. Esta primacía lleva consigo no anteponer nada al amor personal por Cristo y por los pobres en los que él vive. La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. De este modo la vida consagrada, en su vivencia diaria por los caminos de la humanidad, manifiesta el Evangelio y el Reino ya presente y operante.

Tercera: el icono evangélico de la Presentación de Jesús en el templo manifiesta la sabiduría de Simeón y Ana, la sabiduría de una vida dedicada totalmente a la búsqueda del rostro de Dios, de sus signos, de su voluntad; una vida dedicada a la escucha y al anuncio de su Palabra. «"Faciem tuam, Domine, requiram": tu rostro buscaré, Señor (Sal 26, 8... La vida consagrada es en el mundo y en la Iglesia signo visible de esta búsqueda del rostro del Señor y de los caminos que llevan hasta él (cf. Jn 14, 8)... La persona consagrada testimonia, pues, el compromiso gozoso a la vez que laborioso, de la búsqueda asidua y sabia de la voluntad divina» (cf. Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, Instrucción El servicio de la autoridad y la obediencia. *Faciem tuam Domine requiram* [2008], I).



Carlos López Hernández

Queridos hermanos y hermanas, ¡escuchad asiduamente la Palabra, porque toda sabiduría de vida nace de la Palabra del Señor! Escrutad la Palabra, a través de la lectio divina, puesto que la vida consagrada «nace de la escucha de la Palabra de Dios y acoge el Evangelio como su norma de vida. El vivir siguiendo a Cristo casto, pobre y obediente, se convierte en "exégesis" viva de la Palabra de Dios. El Espíritu Santo, en virtud del cual se ha escrito la Biblia, es el mismo que ha iluminado con luz nueva la Palabra de Dios a los fundadores y fundadoras. De ella ha brotado cada carisma y de ella quiere ser expresión cada regla, dando origen a itinerarios de vida cristiana marcados por la radicalidad evangélica» (*Verbum Domini*, 83).

Hoy vivimos, sobre todo en las naciones más desarrolladas, una condición marcada a menudo por una pluralidad radical, por una progresiva marginación de la religión de la esfera pública, por un relativismo que afecta a los valores fundamentales. Esto exige que nuestro testimonio cristiano sea luminoso y coherente y que nuestro esfuerzo educativo sea cada vez más atento y generoso. Que vuestra acción apostólica, en particular, queridos hermanos y hermanas, se convierta en compromiso de vida, que accede, con perseverante pasión, a la Sabiduría como verdad y como belleza, «esplendor de la verdad». Sabed orientar con la sabiduría de vuestra vida, y con la confianza en las posibilidades inexhaustas de la verdadera educación, la inteligencia y el corazón de los hombres y las mujeres de nuestro tiempo hacia la «vida buena del Evangelio».

Salamanca, 2 de febrero de 2013